

EL CORREO DE LA MODA.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por don A. F. Grilo.—Al pié de tu ventana (Serenata), por don Antonio Arnao.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Clemencia [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMI-NAS: *Figurin*, núm. 771.—*Grabado de Labores*, núm. 27.

REVISTA DE MADRID.



MADRID acaba de despertarse de ese sueño agitado que se llama Carnaval.

¡Las máscaras!! Aquí tienen Vds. una generacion desconocida que ha pasado por entre nosotros, que la hemos visto nacer, y cuya existencia solo ha sido de cuatro dias.

Los salones del Prado, la calle de Alcalá, la Puerta del Sol, Capellanes, el Régio coliseo y el Barracon de las Vallecas, han sido el mundo por donde ha cruzado esa rápida generacion.

¡Las máscaras!! ¿Quéreis decirnos lo que son máscaras? ¿Quéreis decirnos lo que significan esos bultos de colores, que saltan, ruedan, chillan, bullen, danzan y desaparecen, como las vistas fantásticas de una comedia de magia? ¿Quéreis decirme á lo que vienen, quereis decirme adonde se van?

Las máscaras han aparecido de pronto á nuestros ojos; han hablado con nosotros; nos han dicho que nos conocen, y á pesar de todo esto las máscaras son unos personajes á quienes nosotros no hemos podido conocer.

La careta no nos ha permitido descubrir ese oculto mas allá de una boca que nos habla, de unos ojos que se han fijado en nuestros ojos, que nos conocen, que saben hasta los últimos secretos de nuestra vida privada, y que sin embargo, no son para nosotros mas que una sombra.

En los bailes, en los paseos, en todas partes hemos tropezado con esos seres indefinibles, con esos mitos inesplicables, con esos geroglíficos del Carnaval, con esos hombres que se han cansado de ser hombres, y que se convierten en micos, en pájaros, ó en otra cosa por el estilo.

Una máscara nos ha parecido siempre como diji-

mos en una de nuestras últimas Revistas, una enmienda que hacen los hombres á la gran obra de Dios.

Parece que el hombre no está conforme con el resto que Dios le ha dado, y se pone otro encima.

Las máscaras han sido este año numerosas, y entre todas ellas hemos visto pocas vestidas con novedad, con chispa, con delicadeza, con buen gusto.

Los carruajes son los que han llamado mas la atencion, porque algunos de ellos no han dejado de ofrecer cosas de buen efecto.

Lo que verdaderamente nos ha sorprendido; lo que nos sorprende cada vez mas; lo que no hemos podido explicarnos todavía ni nos lo explicaremos nunca, es que la última página del Carnaval haya venido á juntarse con la primera página de la Cuaresma, ó mejor dicho, que el Carnaval haya podido ser Carnaval en el mismo miércoles de ceniza.

El miércoles de ceniza convertido en cuarto dia de Carnaval, es una profanacion.

Pero en fin el Carnaval ha muerto, y los jocosos funerales que se llaman el *Entierro de la Sardina* se han verificado con poca animacion.

Hé aquí como ha pintado un amigo nuestro la muerte del Carnaval.

¡Carnaval del alma mía!
¡Nunca lo podré olvidar!...
Ved lo que el mundo decia
Viendo el féretro pasar.

Un cura: El ayuno empieza
Que la cuaresma está encima.

Un profano: ¡Qué pereza!
La cuaresma desanima.

Un filósofo: ¡Locura!

Un poeta: Se gozó.

Una niña: ¡Poco dura!

Una mamá: Me aburrí.

Un beato: Canten los buenos.

Un jóven: Ya volverás.

Yo: Algunos cuartos de menos.

Un viejo: Un año de mas.

Uno de los espectáculos mas brillantes que ha ofrecido el pasado Carnaval á la sociedad elegante que se agita en el gran mundo, ha sido la magnífica fiesta de los Duques de Medinaceli.

En la Revista de nuestro número anterior nos ocupamos de esta *soirée*, aunque muy ligeramente, porque nos faltaba el espacio.

En el teatrito de aquel soberbio palacio se ejecutó, como ya dijimos, *Perder y cobrar el cetro*, comedia de Scribe, arreglada á nuestra escena por el autor de *El hombre de mundo*, D. Ventura de la Vega.

La obra fué admirablemente desempeñada por la amable Duquesa, la marquesa de Villaseca, la señorita de Paz y de Membiela, y los señores Vega (Ricardo y Ventura), Romea (Julian y Alfredo), un hijo del señor conde de Vilches, y otros varios distinguidos aficionados.

Se representó igualmente despues de la comedia la pieccecita del señor Gaspar, titulada *¡Pobres mujeres!*

Los papeles estaban á cargo de la linda marquesa de Villaseca, la señorita de Paz y de Membiela y el señor Vilches, y salieron desempeñados con perfeccion.

Tanto la comedia como la pieccecita fueron muy aplaudidas, y la duquesa de Medinaceli recitó los siguientes versos de Romea, después de concluido el último acto.

Dicen así:

Señores, en realidad,
Y por mas de una ocasion,
Hacemos nuestra funcion
Un poco tarde, es verdad;
Sin embargo, esto olvidad,
Y pues me honrais este día,
Si de aquesta fiesta mía
Muy disgustados no estais,
Ya que á mí no me aplaudais
Hacedlo á mi compañía.

Los versos, aunque bastante débiles, gustaron mucho en los lábios de la Duquesa.

Mujeres tan deslumbradoras y simpáticas como la condesita de Guaqui, condesas de San Luis, de Seláñi, infanta doña Isabel con sus graciosas hijas, la duquesa de Abrantes, las marquesas de Molins, Guadalcázar, Aquila Fuente, y otras muchas cruzaban por aquellos salones suntuosos donde se respiran las auras de la hermosura, del talento, de la magnificencia y del buen gusto.

La funcion dramática de la duquesa de Medinaceli ha sido digna de esa reina de nuestra aristocracia.

La baronesa de Ortega se propone imitar dentro de pocos dias á tan ilustre dama, obsequiando á sus

amigos con una fiesta dramática en su caprichoso teatrito.

Los señores Fernandez de la Hoz, Peyronet, y otra multitud de familias, de lo mas distinguido de la corte, siguen mimando al arte en los pequeños coliseos de sus casas.

A. F. GRILO.

LITERATURA.

AL PIÉ DE SU VENTANA.

(SERENATA.)

Á través de blanca nube
Desparciendo puro albor,
Al cenit la luna sube
Como antorcha del amor.
Calla la fuente,
Duerme la brisa:
Yo solamente
Velo por ti.
Á tu gótica ventana
Sal ufana
Que trovando estoy aquí.

Con el cuerpo lanceado
De la guerra al fin torné,
Do pensando en tí he lidiado
Por mi patria y por mi fé.
Huérfana el alma
Vuelve á llamarte:
Su última palma
Quiere lograr.
Ya no busco más victoria,
Ni más gloria
Que en tu seno reposar.

Pues traspasa los cristales
De tu lámpara el fulgor
Es que fiel y tierna sales
Á premiar á tu cantor.
Mas una sombra
Se une á la tuya:
Que otro te nombra
Pienso sentir.
Goza de él que yo me ausento
Do mi acento
Nunca más habrás de oír.

ANTONIO ARNAO.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

VIII.

De Leonor á Adela.

Tienes razon, Adela, muy justas son tus quejas. Un mes hace que no te escribo, pero no es porque olvide tu sincera amistad, sino porque la vergüenza y el dolor me impiden coger la pluma.

Mi ligereza con respecto á Rafael no fué la última. Tengo muchas de qué acusarme, y me causa rubor el confesarlas.

Sin embargo, he prometido no callarte nada, y me seria imposible escribirte sin ponerte de manifiesto mi alma toda entera.

¡Oh, Adela mia! ¿si vieras cuán difícil es vivir en el mundo? Si vieras de cuanto tacto, de cuanta prudencia, de cuanta tolerancia necesita una jóven para saberse conducir dignamente en sociedad?

¡Son tantos los escollos! son tantos los peligros!

Y siempre es el amor propio, el esclusivista amor propio, el que nos arrastra á cometer malas acciones.

Es verdaderamente la caja de Pandora de donde salen á la vez: el egoismo, la envidia, la coqueteria, la curiosidad, la murmuracion infame, y todas las pasiones bajas y mezquinas que nos conducen por una senda de flores al insondable abismo!

¡Oh, nunca, nunca hubiera creído cuando estaba á tu lado, cuando niña inocente y feliz, recorria el jardin cogiendo flores para mis amigas, complaciéndome en hacer resaltar con ellas su hermosura, complaciéndome en oír sus cantos de alegría, nunca hubiera creído que llegase una época en que me atormentasen la belleza agena y el gozo ageno!

¡Guárdate del amor propio, Adela, recomienda que se guarden de él á nuestras tiernas compañeras!

En la infancia, y lejos del mundo, es como un plácido arroyuelo que besa las flores de sus orillas; luego es como el torrente mugidor, engrosado por la tormenta, que se esparce por el campo y todo lo asola, todo lo convierte en ruinas!

Dedícate incesantemente á dominarle, declárale guerra á muerte, y á menos que no se disfrace con los atributos de las virtudes magnánimas y generosas, no le concedas tregua ni descanso.

Perdóname si te doy estos consejos: bien sé que tú eres mejor que yo, mi dulce amiga!

Pero escucha, escucha la triste confesion que voy á hacerte, y guárdame el secreto!

Ya sabes que revelé á mi tio y á Rafael la verdad

de cuanto habia pasado en el baile; ya sabes con que noble benevolencia me escuchó el segundo, retirando su peticion, y asegurándome una amistad eterna.

Habia salido del apuro; debia quedar tranquila, y no fué así.

Durante muchos dias sentí una tristeza amarga, un desaliento inexplicable.

Quizás si hubiese interrogado á mi corazon, hubiera hallado el secreto de aquel malestar, de aquel disgusto.

Sin darme cuenta del por qué, preferia las reuniones de confianza que da la Marquesa, al teatro y á los grandes bailes, á pesar de que estaba segura de que allí encontraria á Rafael, cuya presencia hubiera debido evitar á toda costa.

Rafael, siempre amable y deferente conmigo, conservaba sin embargo su aire melancólico y reservado.

Este doble carácter se prestaba para que yo á mis solas tejiese una novela admirable.

Es que no podia conformarme con la idea de que hubiese desistido tan pronto de su empeño, sin considerar que nuestro cariño habia imitado á las flores, que nacen y mueren en un dia, sin dejar en pos de sí ningun recuerdo.

Para consolarme de esta mortificacion de mi amor propio, yo me halagaba á mí misma con la idea de ser amada por Rafael, y de que éste sufria, devorando en silencio sus pesares.

La casualidad enriqueció mi novela con un capítulo sublime: corrió la voz de que Rafael marchaba destinado á América, y yo me hice la ilusion de que se iba, para sustraerse al martirio de un amor sin esperanza.

Cuando le ví en casa de la Marquesa, cuando oí de sus lábios la confirmacion de esta noticia, le rogué con voz efectivamente conmovida, que fuese á despedirse de mi tio. ¡Lo prometió!

Al dia siguiente me levanté muy temprano, conagré al tocador mas horas que las de costumbre.

¡Ay, Adela! sin duda pensarás que soy loca, y quizás pienses la verdad. Pero veras como estos detalles pueriles que te cuento, me han conducido á cometer un crimen, un negro crimen, porque tal lo considero.

Como siempre viene el diablo á mezclarse á nuestros placeres y á destruir nuestros planes, mi tio se levantó tan de mañana como yo, con un proyecto magnífico. El dia estaba hermoso, y queria ir á pasarlo en el campo.

Tuve que recurrir á no sé cuantos artificios, para hacer que desistiese de su empeño; pero mi tio es algo tenaz, y rara vez renuncia á sus propósitos.

No hallé mas remedio que alegar por pretexto una repentina indisposicion, y obligarle á que se marchase solo, merced á la promesa que le hice de que Jacinta se quedaria conmigo.

Sin embargo, se pasó todo el día y Rafael no vino.

Al caer la tarde, Jacinta y yo estábamos en el jardín formando un ramillete de flores, cuando le anunciaron.

Quise recibirle allí, porque me pareció mas poético aquel sitio.

Dejé á mi amiga que prosiguiese en su tarea, y me senté con él en un banco cubierto de césped.

La conversacion fué cortés y animada en un principio, luego yo no sé como tuve la debilidad de dejarle traslucir mi secreto pensamiento.

—¡Oh, no! me dijo con una fina sonrisa; no he solicitado yo mi pase á Ultramar: tengo una madre anciana á quien adoro, tengo buenos amigos, y no soy, no seré nunca de aquellos que á un pueril capricho de vanidad ofendida, sacrifican sus mas caras afecciones.

Esto era un epigrama, y no obstante me causó un placer inmenso.

Quería mejor inspirar odio á aquel hombre, que sufrir su estoica indiferencia.

Jacinta no se había mezclado en la conversacion; pero entonces levantó la cabeza y dijo sonriendo.

—Yo creo firmemente lo que asegura Rafael, y mucho mas, cuando sé que le retienen en Madrid otros lazos, que no son los de la amistad y del filial cariño.

¿A quién podía aludir Jacinta sino á mí? Luego no eran vanas ilusiones las que me forjaba, supuesto que una persona indiferente veía los hechos bajo mi mismo prisma.

Por primera vez despues de tanto tiempo, respiraba con libertad y me sentía dichosa.

Jacinta había acabado de hacer su ramillete, vino á ofrecérmelo, y presentó una rosa á Rafael.

—No puede Vd. rehusarla, dijo, porque es símbolo de la mujer á quien adora.

Rafael se turbó.

Yo me entregué á mil cavilaciones, pensando en qué podría simbolizarme á mí la rosa. Ya me decía á mí misma que por mi juventud y mi hermosura, cuando Rafael interrumpió bruscamente el curso de mis ideas, diciendo:

—La persona á quien Vd. alude tiene demasiado mérito para ocuparse de mí!

Yo le dirijí una lánguida mirada, y me puse á contar las hojas de un clavel.

—No sea Vd. tan modesto, prosiguió Jacinta, yo sé que á la linda Rosa no le es Vd. indiferente.

Un rayo que hubiese caído repentinamente á mis piés no me hubiera aterrado tanto!

ANGELA GRASSI.

CLEMENCIA.

Continuacion.

VII.

La partida.

Los preparativos de marcha se hicieron apresuradamente, porque Augusto quería tomar posesion de su nuevo destino antes de quince días. Se vendieron todos los muebles, no obstante la oposicion de Clemencia, que sentía perder aquellos antiguos amigos que la habían visto nacer, tomando parte en la vida íntima de su padre; y mientras Mad. Ogé hacia los últimos preparativos y arreglaba el equipaje, Clemencia con Augusto fué la encargada de hacer las visitas de despedida.

¡Qué contraste ofrecía la espresion de ambos hermanos! Augusto podía apenas disimular su alegría, mientras Clemencia, con su cabeza inclinada sobre el pecho, podía apenas disimular su tristeza, exclamando al penetrar en cada casa.

—Vengo aquí por última vez. Terminadas sus visitas de ceremonia suplicó á Augusto la acompañase á hacer la última y mas dolorosa, dirigiéndose ambos al cementerio: allí se detuvieron un momento, orando Clemencia y derramando abundantes lágrimas ante la humilde tumba de su padre, de donde la arrancó Augusto arrastrado por su impaciencia: la jóven, al abandonar aquel sitio querido, se apoderó furtivamente de una corona de siemprevivas, que ella y su madre habían depositado allí, y que se figuraba en este instante recibir de mano de su padre.

En los pocos días que precedieron á la partida, la alegría de Augusto á la que se asociaba su inesperta madre, hería mas y mas el alma de Clemencia, que solo acertaba á sufrir y llorar.

Como de costumbre, Julio acudía todos los días á casa de Augusto, y la sombría tranquilidad que revelaba su rostro hacia exclamar á madre é hijo:— «¡Qué fácil resignacion!» Mientras Clemencia se preguntaba con angustia cuál sería el término de aquella calma mentida.

El término fatal llegó por fin: á medio día la familia Ogé debía dejar la ciudad para entrar al siguiente en París, porque en aquella época los ferrocarriles no habían dado á conocer aun los inconvenientes de las diligencias. Desde muy temprano, Augusto ostentaba con orgullo su traje de camino, tan estudiado para entrar en París como si hubiera sido para acudir á la cita de una dama. Desde las once la casa de los viajeros se llenó de gente, unos an-

tiguos amigos de su padre, otras amigas de Clemencia, que veían con placer alejarse una terrible rival; y por fin el Alcalde y su mujer, que se disponían á acompañar á sus queridos amigos hasta la casa de postas. Julio, tan solo, sentado con abatimiento en un fardo del equipaje y apoyada en la mano su abrazada frente, no tomaba parte en la agitacion general.

En el instante en que se presentó Clemencia con su humilde vestido de viaje, la miró furtivamente. ¡Nunca le habia parecido tan bella! Su palidez intensa le daba algo de magestuoso, y su ademán noble y resignado la asemejaban á una reina que parte á un destierro acompañada de algunos súbditos fieles. Cuantos allí estaban le dirigian frases afectuosas, algunos con lágrimas en los ojos, que no escitaban las de Clemencia, que parecia haber agotado las suyas. La jóven experimentaba ese asombro estúpido que el alma siente cuando deja una vida de cariño para precipitarse en brazos del vacío. Por fin salieron de la casa murmurando algunas personas amigas que les veían atravesar la ciudad:

—Mad. Ogé lleva sus hijos á París, donde casará muy bien á Clemencia.

Mientras otros respondian:

—Bah! en París, como en todas partes, las muchachas necesitan dote para casarse bien.

Cuando llegaron á la casa de diligencias el conductor afirmó que solo á ellos esperaba, por lo que ocuparon instantáneamente sus asientos.

—No nos hemos despedido de Julio, exclamó entonces Mad. Ogé.

Y es que el jóven habia procurado confundirse entre la multitud.

A las puertas de la ciudad, la diligencia se detuvo un momento, y en aquel instante una mano avanzó al fondo del carruaje, y una voz alterada exclamó:

—Adios Augusto, adios señora.

Madre é hijo estrecharon la mano que se les tendía, recordando á Julio su promesa de hacerles una visita en París.

—Adios señorita, murmuró por fin el jóven con entrecortado acento.

—Clemencia, Clemencia! exclamó Mad. Ogé, Julio te tiende su mano.

Julio esperó en vano esta leve muestra de afecto, y cuando la diligencia partió de nuevo, advirtieron Augusto y su madre que la jóven se habia desamayado.

Repuesta en breve, Clemencia disculpó su malestar con el dolor que le causaba el abandono de aquella ciudad, aquella casa y aquel sepulcro, tan queridos á su corazón.

VIII.

Laura Monti.

Al trasladar su residencia á París, Mad. Ogé no habia reflexionado que su modesta fortuna que en una capital de provincia le permitia vivir con algun desahogo, en París no alcanzaba á cubrir las mas precisas necesidades. Al dejarse fascinar por Augusto única estrella que alumbraba su camino, habia dejado dormir su razon para alimentarse con las mismas esperanzas que su hijo.

Primero se acomodaron en un hotel elegante, donde creyeron pasar los primeros meses; pero en breve, asustados por la exorbitancia de gastos, se decidieron á buscar un alojamiento mas modesto. Como su escasa fortuna no les permitia vivir en un barrio principal, se encaminaron á los mas estraviados, alquilando en la calle de San Luis una habitacion situada en un tercer piso, que á pesar de su módico precio, absorbía la mayor parte de la pension de Mad. Ogé.

Su casita de C.... les costaba dos veces menos y les pertenecía por completo: la nueva habitacion solo se componia de una sala con su alcoba, un comedor, una cocina pequeña y dos cuartos, el uno para Augusto y el otro para Clemencia, alhajándose con tal sencillez, que en ella la limpieza reemplazó al lujo.

Mad. Ogé no quiso llevar consigo la criada por no costearla el viaje, creyendo que en París sobrarian criados; pero como no pudo encontrar ninguno que le conviniese, tuvo que contentarse con una mujer que algunas horas al dia fuese á hacer lo mas importante de la casa.

Los primeros meses que pasó Clemencia en París, estuvieron muy lejos de ser alegres, porque salía rara vez, si bien el aislamiento, la calma y la monotonía de su existencia estaban acordes con el estado de su alma. El amor habia sido para ella la tempestad que sorprende al viajero en medio de su camino, el cual si logra evitar el golpe del rayo conserva memoria eterna de él. Su único consuelo consistia en que nadie estaba enterado de su dolor: Clemencia á nadie se lo habia revelado, y cada dia redoblaba su prudencia para que no se adivinase el estado de su alma. Y sin embargo, la imagen de Julio, como un fantasma querido, estaba constantemente ante sus ojos, y oía su voz, escuchaba sus protestas de cariño y percibía sobre todo el triste adios á que no habia podido responder. Fija siempre en sus pensamientos, leía por recordar sus antiguas lecciones, cantaba juzgando que la imagen de Julio la escuchaba desde la puerta, y de este modo la ausencia, que

fué para Julio un lenitivo para su mal, desenvolvió en el alma de la jóven toda la vehemencia de una pasión. Mientras así se abandonaba á esas purísimas alegrías de almas privilegiadas, su hermano en cambio se precipitaba por la pendiente á que le arrastraba su ignorancia y su presuncion.

Aunque no habia merecido grandes deferencias de sus nuevos jefes, justo castigo á sus locas pretensiones, sus compañeros le habian acogido con predileccion por sus maneras pretenciosas, las que se encargaba de justificar presentándose como descendiente de una familia rica, añadiendo que á la muerte de sus padres disfrutaria una pingüe renta. No convenia mucho con sus palabras su modesto destino, que él aseguraba haber pretendido por pasatiempo, y que en breve trocaria por otro mas importante, recorriendo en breve la escala de la administracion, protegiendo entonces á sus actuales compañeros. Estos no dieron gran fé á sus palabras, pero se agruparon en torno suyo, y uno de ellos, ligado íntimamente con un actor del teatro del Ambigú, proporcionó á Augusto billetes para este teatro y para el de la Gaité; allí le presentaron á algunos actores y actrices, á las que concedia un mérito extraordinario. Semejante sociedad no era seguramente la que Madama Ogé anhelaba para su hijo, cuyas distinguidas maneras la llenaban de orgullo. Por dicha, Augusto no tardó en hacer relacion con Mr. Oscar Jolibois, que desde luego la demostró ser superior en posicion y talento á sus otros amigos.

Sus compañeros, que respetaban á Mr. Oscar, como jefe que era, se separaron un poco de Augusto al verle ligado á él, y tratando de ser completamente su hechura.

Oscar presentó á su nuevo amigo en casa de la esposa de un abogado, que daba magníficos bailes, en los que Augusto pudo desplegar todo su amor al lujo, y donde conoció á Mr. Pommeralle, jóven de buen tono, astro brillante del cual Oscar era un pálido reflejo. Augusto quiso desde luego estrechar amistad con aquel tipo de elegancia, principiando por ofrecerle un modesto desayuno en una de las fondas mas elegantes de París.

Pero dejemos al hermano de Clemencia avanzar por esta peligrosa senda alfombrada de flores y bordeada de precipicios, para volver los ojos á su hermana y á su madre.

Aclimatadas ya en París, y despues de dar algunos toques de gusto á sus trajes, cuestion de la mayor importancia segun Augusto, se pensó en hacer algunas visitas, dando la preferencia á las personas á que habian sido recomendadas y que podian servir á Augusto en su carrera, personas que las recibieron con alguna frialdad, haciendo comprender á Mad. Ogé que la viuda de un administrador de aduana que representa gran papel en una capital de provincia,

era una persona insignificante en París. Por fortuna aquel mismo dia recibieron una agradable impresion, que fué como un lenitivo á sus amarguras.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

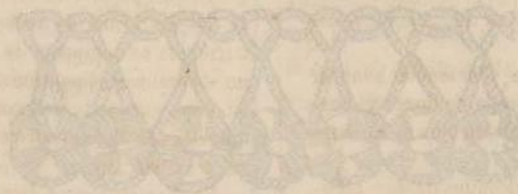
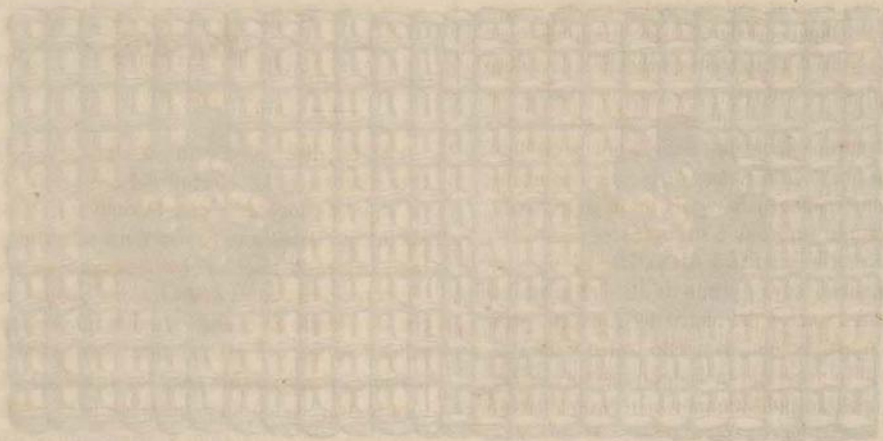
TEATROS.

En los dias porque atravesamos experimenta el arte dramático los efectos del cansancio, ó se halla en un período de escasa fecundidad. Siendo tantos los escritores que rinden culto á la Talía española; y habiendo diversos coliseos en que serían las obras recibidas como don precioso, apenas se producen de cuando en cuando algunas que revelen la vitalidad de nuestra pátria musa. Semejante circunstancia es desagradable para los que ven en la literatura teatral, como en general en la bella literatura, algo más que distraccion y pasatiempo. Para nosotros es doblemente desagradable, porque tenemos todavía entusiasmo por lo bello, y porque en nuestro rincon de cronistas nos encontramos sin saber qué noticias interesantes comunicar á nuestras ávidas lectoras. Esto justamente nos sucede en el dia de hoy. Repasemos mentalmente los teatros de la corte.

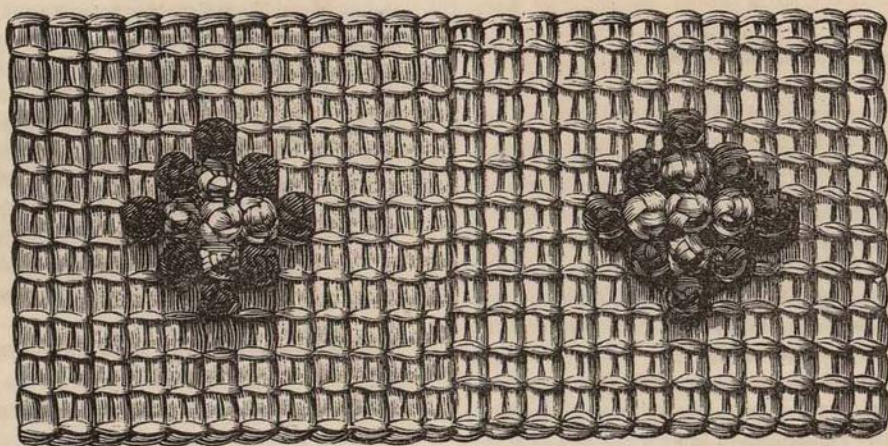
En el PRINCIPE se ha ejecutado en la noche del sábado una loa en un acto, destinada á celebrar el generoso rasgo de S. M. con motivo de haber cedido al Estado las tres cuartas partes del Real Patrimonio. Se titula *El laurel de la Zubia*. Que esta composicion está elegantemente escrita y que ha producido buen efecto en el público se conoce á primera vista: lo primero teniendo en cuenta que son sus autores los distinguidos escritores D. Antonio Hurtado y D. Gaspar Nuñez de Arce; lo segundo porque la concurrencia se componia de personas desapasionadas y no de eminentes políticos.—La ejecucion de esta loa ha sido esmerada.—Cuando tengamos impreso *El laurel de la Zubia* copiaremos tal vez algun trozo de su versificacion.

En VARIEDADES se dispone para su estreno una comedia en tres actos, denominada *El que no la corre antes...* Deseámosle buen éxito, pero comprendemos desde luego que tiene que luchar el autor con grandes dificultades, si quiere demostrar que es una verdad y no una vulgar preocupacion la máxima que incompletamente anuncia semejante título.

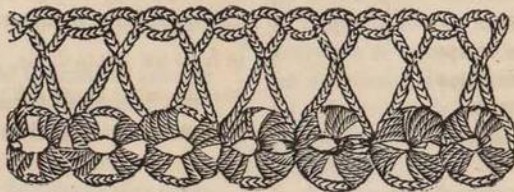
En NOVEDADES se ejecutó hace tiempo una comedia tambien en tres actos que se llamaba *El siglo del*



1



2



bombo, si mal no recordamos original del actor don Juan de Alba.—Pasó y desapareció.

Sigue el Circo explotando el rico filon que merced á la mágica ciencia le ha descubierto *La Paloma azul*. De esta produccion hablamos en la anterior revista. Entonces dijimos que copiaríamos algun pasaje de ella en cuanto dispusiéramos de la comedia impresa. No estándolo segun creemos todavía, mal podemos cumplir nuestra palabra. Sin embargo habiendo visto publicado un trozo de dicha comedia, nos apresuramos á transmitirlo, no porque sea de lo mejor, sino porque es el único de que al presente podemos disponer.—Cascabel dice en la gruta de la Primavera, cuando recuerda la mujer que representa la flor Pensamiento :

Encontrar tras los abrojos
Las flores, lógico era ;
Sospecho que Primavera
Me mira con buenos ojos.
Cabal ; su mirada fija
Denuncia su amor ; lo siento,
Pero hija, mi pensamiento
Es de Pensamiento, hija.
¡Pensamiento! ¡Hermoso nombre!
Es casarse con tal flor,
El pensamiento mejor
Que puede tener el hombre.
No desisto de él ni á palos,
Por tí, pensamiento bueno,
Tengo el pensamiento lleno
De mil pensamientos malos.
Tu boca me da el vivir....
¿Y tu pié? ¿Y el pié? ¿Me esplico?
¡Qué pensamiento tan rico
Se me acaba de ocurrir!
¡Ay! cuando á tu lado esté
Seré dichoso, verás ;
Y entonces no volarás,
Que yo te sujetaré.
Fácil es lograr mi intento,
Si en redes de amor te atrapo.
Sí.... ¿pero quién es el guapo
Que sujeta el pensamiento?
¿Y si sale volador?
Mi pensamiento se enfria.
Por fortuna todavía
Es un pensamiento... en flor.
Me caso ; lo malo es....
De lo que ocurra me rio.
De ese pensamiento mio
Nacerán otros despues.
Con esa flor me acomodo.
Su talle me hace feliz.
¿Y su boca? ¿Y su nariz?

Pero los piés sobre todo.
Dirán que locura es,
Y que sé yo cuantos nombres.
A veces tienen los hombres
El pensamiento... en los piés.
¡Casarse mi boca dijo!
Y con.... ¿quién lo creeria?
¡Ah, no! María, María,
Es mi pensamiento fijo.

En el teatro de la ZARZUELA se ha ejecutado por fin la *revista* titulada 1864 y 1865 que tan buenas entradas ha proporcionado al coliseo de la plaza del Rey. Primeramente prohibió su representacion la autoridad superior de la provincia, pero al fin se ha puesto en escena, levantada la prohibicion por la misma autoridad.—De la obra nada tenemos que decir, pues harto conocida es hasta para los que no la han visto, merced á las numerosas narraciones que de ella se han hecho.

No sabemos qué nuevas producciones se prepararán en este teatro.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Es la primera que muestra el grabado de hoy un tejido de *crochet* oriental ó tunecino, ejecutado á cuadros de dos colores con una rosa de realce en el centro, muy á propósito para almohadones, alfombras, sobrecamas, etc. Los cuadros podrian ser blancos y grana ó blancos y azules.

Ejecútase cada cuadro de doce puntos y doce vueltas, y despues para obtener la flor en relieve, se saca una hebra azul en el centro del cuadro blanco, se hace un punto doble, y antes de terminar éste, cuando aun se tienen dos puntos en la aguja, se hacen en el primero tres puntos de cadeneta, y concluidos se saca otro punto por todos los que hay en la aguja, pasando la hebra al revés del tejido para sacarla en el punto siguiente, y hacer tantos granos como necesite el dibujo.

En él van marcados de un tono mas claro los granos del centro que los de la circunferencia, como por ejemplo, azul claro y azul oscuro, blanco y gris, grana y granate ó negro: tambien aconsejaremos á nuestras lectoras que ejecuten de cada vez

cuatro cuadros, teniendo los dos ovillos de estambre pendientes de la labor, y utilizando uno ú otro, según convenga, á fin de evitar uniones, que siempre redundan en perjuicio de la labor.

La segunda es una caprichosa puntilla de *crochet*, muy á propósito para guarnecer cuellos y puños de *chambra*, pantalones, delantales de niñas, y demás objetos de pocas pretensiones: su principal recomendación consiste en ejecutarse á lo ancho.

Se principia por hacer una cadeneta de ocho puntos, y tres mas para que figuren la primera barra.

1.^a *Vuelta*—1 bar. al lado de la que forman los tres puntos, 6 ps. s., 3 bar. en el último punto de la cadeneta anterior, 3 ps. s., 3 bar. en el mismo punto que las anteriores.

2.^a—3 ps. s., 3 bar. en el espacio que media entre las seis barras, 3 ps. s., 3 bar. en el mismo espacio que las anteriores, 4 ps. s., 1 p. d. en el centro de los seis sencillos, 2 ps. s., 1 bar. al fin de la vuelta.

Se repite desde la primera vuelta, y alternando estas dos, volviendo la puntilla del revés y del derecho para cada una, se ejecutará tanta estension de puntilla como sea necesaria al objeto que se quiera guarnecer.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 771.

FIG. 1.^a TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de *glasé* color de rosa con adornos de encaje, tul blanco y camelias.

Falda de *glasé*, guarnecida de un ancho encaje blanco colocado en ondulacion, con sobrefalda de tul de Lyon, recortada en arcos ó puntas prolongadas, y cubierta toda de tul blanco de seda bullonado con una camelia entre cada bullon ó pellizco: un ancho rizado de tul, con cinta rosa pasada en su centro, guarnece el canto de la sobrefalda.

Cuerpo escotado, de talle redondo, con cinturon de cinta, que forma lazo con caídas por detrás, y caídas que bajan del centro de la hebilla por delante, y berta de tul de Lyon y tul de seda, prolongándose en punta en el pecho, espalda, y hombros,

con camelias en las puntas, y guarnecida de un rizado de tul como la falda.

Manga de tul blanco.

Aderezo de coral.

Peinado con raya abierta al lado izquierdo, levantado el pelo de ambas sienes, y formando el cabello de encima una trenza de tres ramales que cae hacia el lado derecho: completa el tocado por detrás una mariposa rodeada de trenza, y por delante, sobre la raya, una pluma con esprit.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de grós color de ceniza, adornado de terciopelo negro y tafetan grosella.

Falda con tira de terciopelo al canto y biés estrechito de tafetan encima, repitiéndose el mismo adorno mas arriba como figurando una sobrefalda que sube á la izquierda.

Cuerpo á la *Feronniere*, alto, con talle redondo y corpiño bajo de terciopelo negro: desde éste, cubriendo la parte superior del cuerpo, van unos terciopelos por delante y por detrás rectos, y otros sesgados entre ellos, todos con vivo grosella. (Puede hacerse grosella todo el cuerpo interior.)

Manga recta con hombrera y vuelta grosella, cubiertas de terciopelos en la misma disposición que los del cuerpo.

Cinturon grosella y negro con hebilla.

Sombrero de terciopelo grosella de ala rizada y fondo de tul blanco: dos cintas de terciopelo largas suben desde las bridas á anudarse encima y descenden flotantes por detrás, despues de pasar la de la izquierda por delante de la flor, que adorna el rostrillo. Bidas de cinta, color de grosella.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. CAMPO-REDONDO.—OLMO, 14.



Ed. Bodin *Ad. Goubaud Ed. à Paris* *Jules David* 771

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Coiffures de la M^{me} Ernest Carpentier r. Louis le Grand, 37. Modes de M^{me} Morison et de Rigles r. de la Michodière, 6.
Coiffure par H^e de Bisterweld Faub. S^t Honoré, 5. Plumes et Fleurs de Herpin Leroy à la Belle Mariée Rue Montmartre, 130.
Dentelles de F. Monard r. des Tonneurs, 42. Corsets de la M^{me} Simon r. S^t Honoré, 183.
Robans et Passementerie A la Ville de Lyon Chaussée d'Antin, 6. Parfums de Violet f. de S. M. L. Supérieure r. S^t Denis, 317.

Entered at Stationer's Hall LONDON, S.O. Boston Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine, 248, Strand, W.C. MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena

